

tierra á una entera familia, ¡ah! es difícil entonces la resignación. Es terrible que el huérfano y la viuda se sienten solitarios á llorar su amarga desventura, sin poder esperar que venga á consolarlos uno solo de sus amigos, porque todos se encuentran sumergidos en igual desolación y desamparo.

Cuando un incendio imprevisto, cuando cálculos falsos, ó desgracias de las que tan comunmente acaecen en la vida, arruinan á una familia y le arrebatan la hacienda que por largos años le proporcionara comodidades y placeres, sufren, en verdad, los que de esta manera se ven heridos por la suerte; pero ese espíritu de amor á sus semejantes, que ni en los más malvados se extingue, los alivia en su desdicha al ver que otros muchos de sus amigos y parientes aún poseen sus antiguos caudales y gozan de la pasada opulencia. No así cuando la guerra viene á devastar ciudades enteras y á arruinar á millares de familias. No así cuando un terremoto hace en un instante de una ciudad floreciente un montón de ruinas, y deja bajo ellas sepultado un sinnúmero de sus habitantes.

¿Habéis experimentado el terror que se siente, cuando el victorioso clarín enemigo lanza el agudo sonido que llama á la soldadesca al saqueo y al degüello? ¿Habéis visto elevarse á los cielos el humo de las casas incendiadas en torno á la vuestra, y que en un instante se comunicará á la habitación en que os halláis con vuestros deudos y allegados? ¿Han resonado en vuestros oídos los terribles golpes del hacha que derriba vuestra puerta, y los torpes gritos de la desenfrenada multitud próxima á despojaros de vuestros haberes, de vuestras

hijas, y vuestras esposas, quizá de vuestra vida? *Non ignota loquor*. Por desgracia pocos hay de los presentes que en sí ó en sus amigos no hayan adquirido tan funesta experiencia. Por años y años esta ha sido nuestra vida normal, y sin embargo, sólo al pensar en que hemos vuelto á los tiempos calamitosos de que creíamos haber salido para siempre, se nos erizan los cabellos y el pánico se apodera de nosotros. Hermanos míos, una vez más os exhortaré á la tranquilidad y á la calma, y os repetiré sin descansar, *no os aterroricéis; nolite terreri*.

Lejos estoy yo en las calamidades públicas de exhortaros á una indiferencia estóica, innoble. No: ¿cómo ver con ojos enjutos la ruina; la desgracia, la muerte de nuestros hermanos? Pero también es indigno de un cristiano ese pavor que de tantos se apodera, y lejos de conducirlos á ayudar al prójimo, los impele tan sólo á abandonarlo y á buscar la salvación individual. Si alguna vez necesitamos constancia, si alguna vez hemos menester de calma y tranquilidad, es en las plagas generales, y en especial en las que ahora nos amenazan.

Si nos hubiéramos aprovechado de las pasadas lecciones, y haciendo penitencia por nuestros pecados hubiéramos aplacado la ira del Todopoderoso, quizás ahora ni la guerra, ni el hambre, ni la peste estarían llamando á nuestras puertas, y la prosperidad habría colocado entre nosotros su trono de rosas. Pero ya es hábito inveterado el burlarnos de los avisos de la Providencia; y semejantes á los antiguos habitantes de Babilonia, cuando ya el enemigo está penetrando dentro nuestras murallas, cuando ya el dedo de Dios ha trazado con visibles caracteres las palabras que nos anuncian nuestra

ruina, todavía nos entregamos á las danzas y festines, á la disolución y al pecado. Por esto nuevas desgracias llueven sobre nosotros, y por esto el terror se apodera de nuestros miembros al sentir las caer sobre nuestras cabezas.

¡Somos, en verdad, viles y cobardes! Al pecado y al escándalo nos entregamos sin freno y sin remordimiento; pero cuando se trata del castigo que hemos merecido, entonces llenamos el aire con gritos de desesperación y de terror. Ya que supimos pecar, sepamos también llevar con resignación el castigo, y demos gracias al Señor que nos lo envía en esta vida más bien que reservarlo para el infierno donde, una vez caídos, no es ya posible esperar redención.

Lloremos, sí, en medio de los males que nos cercan, pero no lágrimas de furor, sino llanto de penitencia. Lloremos, sí, pero no ese lloro estéril y vano, testimonio de flaqueza y debilidad, y que sólo sirve para comunicar el desaliento. Lloremos, pero en secreto, á ejemplo de la valerosa Judit, y al salir de nuestro aposento, aparezca nuestro rostro tranquilo y preparado á recibir de la mano del Dios justiciero los azotes que tanto merecemos.

No perdamos un momento de vista el heroísmo de esta insigne mujer de la Escritura. Cercada Betulia por las incontables huestes del Infiel, ya no había esperanza ni la más remota de salvación. Pocos días trascurrirían, y el pueblo de Dios sería entregado en manos de sus enemigos, su robusta juventud pasada á cuchillo, sus ancianos ultrajados, sus matronas y sus doncellas llevadas cautivas. El valor había huido de los hijos de Israel; el desaliento se había apoderado hasta de los más valero-

sos capitanes. Judit, en tanto, encerrada en su hogar y entregada al ayuno y á la penitencia, implora el auxilio de Dios para su pueblo en peligro, y confortada con la oración se atavía con las más ricas galas, y sale decidida á salvar por su mano á la ciudad. Sale de su morada, y el verla salir infunde valor en los pechos más acobardados: sale serena y tranquila, y su calma y serenidad libertan á los Israelitas del yugo del Infiel.

Tal sea nuestra conducta, aunque no merezcamos del Señor igual suerte. Reguemos, en hora buena, nuestro lecho con lágrimas de arrepentimiento, y á ejemplo de David mezclemos nuestro pan con cenizas. Pero cuando llegue el momento de obrar, ¡oh, no se deje ver en nuestro semblante el menor síntoma de desaliento! Indiferentes con respecto á nuestra suerte privada, igualmente dispuestos al honor que al deshonor, á la indignicia que á la riqueza, dediquémonos á auxiliar al prójimo con todas nuestras fuerzas, expiando de esta manera nuestras propias culpas y haciendo méritos para la eterna gloria. Si viene la peste, consagremos nuestra vida á salvar la de nuestros hermanos; ¿qué mayor dicha que el morir mártir de la caridad? Ya que nos aflige el hambre, partamos nuestro mendrugo con el más necesitado, que el Señor un día nos lo devolverá con usura. Si, en fin, los males de la guerra se dejan sentir más y más, y nos agobia el peso de la derrota, que ya vemos cercana, no por eso desmayemos. Llevemos con alegría la parte de ese peso que nos corresponda, y aliviemos de él en cuanto sea posible, á aquellos sobre quienes cae aún con mayor fuerza. Siempre preparados á sufrir con alegría el castigo á que nos hemos hecho acreedores; siempre conven-

cidos de que tras esta vida de prueba nos aguarda otra de sempiterna bienandanza, no retrocedamos ante ningún peligro; hagamos frente á los acontecimientos cualesquiera que sean, y siempre resignados y conformes, siempre contentos y risueños, nada nos espante, nada nos aterre: *nolite terreri*.

¿Pero cómo, exclaman muchas almas piadosas, cómo permanecer contentos, serenos, impasibles, cuando tan graves males aquejan á la Iglesia; cuando sus ministros están amenazados y tiemblan las vírgenes del Señor próximas quizás á ser arrancadas de sus nidos?

No puedo negaros que bien graves son estos motivos para que la tristeza nos oprima, y que San Agustín al ver su ciudad de Hipona próxima á ser presa de los Vándalos, rogó al Señor lo sacase de este mundo de miserias, y el Señor accedió á la piadosa petición de su siervo. Pero una cosa es la tristeza cristiana, subordinada siempre á la conformidad con la voluntad divina, y otra el desaliento mundano que produce la inacción y nos conduce por fin al abismo.

Además, el que sabe que la Iglesia ha de triunfar, y que la tribulación sirve sólo para acrisolarla, ¿por qué desfallece en vista de triunfos momentáneos del Infierno? ¿No nació luchando? ¿No ha vivido hasta ahora luchando? Luchando también triunfará.

Si este es el motivo de vuestro desaliento, consolaos y no perdáis vuestra cristiana indiferencia. La Iglesia es una potestad sublime, superior á cuanto existe en el mundo y muy arriba del nivel de toda facción política, de toda institución humana, de toda forma de gobierno. Ella no depende de los hombres, ni se apoya sobre ejér-

bitos terrenos. Si floreció después de la victoria de Lepanto, florece también y muy lozana, después de la derrota de Castelfidardo.

Hé aquí por qué os exhorto á no poner vuestra confianza en el hombre, sino á estar preparados á todos los acontecimientos; á mirar con ojo igual todas las vicisitudes de nuestro país, convencidos, como debéis estarlo, de que así en las profundidades de las catacumbas, como sobre las gradas del trono de César, se puede servir á Dios y guardar fielmente los mandamientos.

Echad una ojeada á las playas de Palestina, en los tiempos de las Cruzadas, y mirad los variados y numerosos ejércitos que la cubren. Allí los súbditos del Emperador de Alemania, heredero del antiguo Romano; allí los del rey absoluto de Francia y los del monarca ya constitucional de Inglaterra, militan bajo la enseña de la Cruz. Allí las libres Repúblicas de Génova y Pisa han mandado sus galeras, y el León de la aristocrática oligarquía de Venecia, cubre también con sus alas millares de valientes cruzados. Todos militan por Cristo; todos combaten como hermanos, aunque hijos de tan diversas instituciones, porque la Iglesia católica, superior á todas, las cobija bajo su sacratísimo manto.

Persuadíos, pues, de esta verdad, y no desmayéis, cualesquiera que sean los acontecimientos que nos aguardan, cualesquiera los cambios que nos esperan. La Iglesia es siempre la Esposa de Cristo, y Él la salvará. No lloréis por ella; llorad más bien por vosotros mismos, y por la ruina que os amenaza, si en vez de entregaros enteramente en manos de la Providencia, intentáis temerarios hacer prevalecer vuestra voluntad sobre la del

Dios omnipotente. No olvidéis que al ponernos en el mundo, ha querido que todos nos salvemos, y que aun los que parecen males á los ojos de la carne y de la sangre, no son sino disposiciones admirables de su infinita sabiduría, para mejor conducirnos á nuestro último fin. Revistámonos de esa indiferencia que tanto nos recomiendan los santos; y ya bajo los harapos del mendigo, ya bajo la púrpura del cortesano, ya con las cadenas del prisionero, ó ya cobijados con el estandarte de la victoria, mostrémonos resignados, y contentos, y abandonados en las manos de Dios. No temamos las vicisitudes del mundo, y aunque en rededor retúmbe el trueno y ruja furiosa la tormenta, conservemos siempre una santa impassibilidad. De esta manera seremos verdaderamente felices en la tierra y bienaventurados en el cielo. Así sea.



## PLÁTICA

DIRIGIDA Á LOS CONFIRMANDOS, DELANTE DE S. M. EL EMPERADOR  
DEL BRASIL, EN LA CATEDRAL DE NUEVA ORLEANS  
EL 25 DE MAYO DE 1876.

Traducción libre del original francés  
en que fué pronunciada.